

EDITH STEIN ANTE LA CRUZ

Ezequiel García Rojo

Corría el domingo 2 de agosto de 1942, y la carmelita Teresa Benedicta de la Cruz es obligada por la policía nazi a abandonar la clausura del convento de Echt (Holanda). Sobre la mesa de la celda quedan los folios con la tinta aún fresca de su último escrito, *Ciencia de la Cruz*. Es el punto y seguido de un legado largamente reflexionado y más intensamente experimentado, cuya culminación se lleva a cabo trascurrida una semana, el 9 de agosto en el campo de exterminio de Auschwitz; también domingo, día de la resurrección del Señor, que celebra el triunfo de la vida sobre la muerte.

De sobra sabe Edith Stein que la *Cruz* no es una teoría plausible, ni se identifica con una doctrina consensuada o una ideología a imponer por la fuerza, y mucho menos una metáfora o un recurso lingüístico. La cruz de Cristo alberga una verdad que da sentido y configura la existencia de todo cristiano; se trata de una verdad que informa el ser entero (existir, pensar y obrar) hasta provocar una auténtica regeneración. Si la carmelita hebrea elige la cruz es para cargar con ella, hasta convertirse en signo identificador, en fuerza operante, en estímulo orientativo de su ajetreada vida. La filósofa judía practicó y nos dejó una *ciencia de la cruz*. *Una scientia crucis, sólo se puede adquirir si se llega a experimentar a fondo la cruz. De esto estuve convencida desde el primer momento, y de corazón he dicho: ¡Ave Crux, spes única!*

Antes ya de la conversión, la cruz fascina a esta mujer, manifestando una cierta empatía hacia el Viernes santo católico. De hecho los momentos decisivos de su historia personal están enmarcados por contexto de vivencias en las que la cruz arroja luz y esperanza en el ánimo inquieto de Edith. Y en sus textos se constata la predilección y desenvoltura con que afronta el tema del sufrimiento, del dolor, del holocausto, de la muerte...

Para la filósofa alemana la cruz se configura en las vivencias de dolor, de adversidad, de privación, de contrariedad, de incompreensión, que se suceden en la historia de cada sujeto; es decir, en todo aquello que contradice el natural humano, y que parece conducir a la muerte si se carga sobre sí. Mas por otra parte, es de la opinión de que ninguna persona puede crecer y madurar sin sufrimiento; es inherente a la condición humana. No cree necesario buscar cruces, ni incurrir en mortificaciones llamativas; la existencia de cada uno (de la que forman parte la vida de los demás), resulta campo propicio para la aparición de aquélla; se requiere el valor de aceptarla.

La cruz de Cristo irá tomando fuerza y forma a lo largo de la intensa vida cristiana de esta mujer una vez convertida. Ejerce la función de mojón indicador de la senda a seguir, así como de fuente de energía y estímulo para no desfallecer en el duro peregrinar por el mundo, hasta alcanzar la cumbre del Gólgota y consumir allí su holocausto.

No sólo aspira a asemejarse a Cristo cargado con la cruz, su meta es identificarse con el Cristo crucificado, de quien se obtiene la salvación de la humanidad. Se considera instrumento al servicio del plan divino que se actualiza en la historia, hallando su lugar idóneo en el Carmelo, donde se desposa con el Señor bajo el signo de la cruz.

De ahí que, al iniciar el noviciado, tome como apellido religioso, *de la Cruz*. No es un capricho, se trata de una sentida necesidad, nada menos que de su

vocación en la Iglesia. Si Edith Stein entra en el Carmelo es porque en él espera abrazar la cruz que el Señor ofrece a los hijos predilectos; y si acepta la deportación y la muerte, la guía una intención primordial: colaborar a la salvación de los hijos de Israel y de todos, *que ninguno de ellos se pierda*. A la judía convertida no le asusta la dureza de las pruebas, puesto que ha comprendido que el que impone la cruz sabe hacer la carga suave y ligera. En la clausura espera experimentar algo más que hasta ahora de *mi vocación a la cruz*, pues se considera tratada por el Señor como un niño pequeño.

Que una mujer hebrea abrace la cruz, se identifique con ella, la elija por apellido y haga propaganda del valor de la misma, choca frontalmente con el posicionamiento del judío ortodoxo, para quien predicar a Cristo crucificado constituye el gran escándalo.

¿A qué se debe este interés por la cruz en la carmelita alemana? Simplemente a que ésta es el medio de redención ideado por la sabiduría insondable de Dios. La cruz del Gólgota actúa de cátedra desde la que el Padre Dios imparte su mejor y más sublime lección: la del amor, la de la entrega generosa por el género humano. Bien que se aprovechó de tal magisterio la filósofa *judía*, quien, si en un principio había apostado por la fuerza de la *razón*, a partir de ciertas experiencias terminará por rendirse a la *locura* de todo un Dios que muere *crucificado*. Lo halló confirmado en su madre y maestra de espíritu Teresa de Jesús: lo que importa no es pensar (filosofar) mucho, sino amar mucho.

Hace suya la convicción paulina de que Cristo *me amó y se entregó por mí*. Sin duda que la carmelita abulense le ayuda a comprender que el llevar la cruz está en dependencia directa con el amar; y que quienes están más cerca de Dios reciben sus mejores regalos: las pruebas y trabajos; de los cuales se vio colmada Edith Stein de modo especial en la etapa última de su vida. Llega a confesar que el camino del sufrimiento es el más cualificado para la unión con Dios.

En la cruz contempla a todo un Dios que ofrenda su vida por la humanidad, pero una cruz que extiende su verdad y eficacia a través de las sucesivas cruces que cargan y sobre las que mueren tantos hombres y mujeres de todos los tiempos. También Edith Stein en diferentes ocasiones se ofrenda como víctima propiciatoria al Dios de Jesucristo, dado que ningún sufrimiento va perdido si se une al del Hijo de Dios. Somos miembros de un cuerpo, cuya cabeza es Cristo, por lo que todo sufrimiento lo es del Cuerpo místico con valor salvífico.

Desde las coordenadas que otorga un Cristo elevado sobre la cruz, tanto Dios, como el hombre y el mundo, adquieren valores y tonalidades insospechados, obteniendo así una especie de *sabiduría* singular, teórica y práctica, que afecta a todos los estratos de la persona. Efectivamente, nuevas dimensiones y perspectivas entran en juego, dando lugar a un universo y a un saber, a una *ciencia*, inconcebibles de otra manera; y cuyas categorías entran en conflicto con las reinantes en la concepción *judía* y *griega*, tan cómodamente manejadas un tiempo por Teresa Benedicta *de la Cruz*.

(Artículo publicado en la [Revista ORAR, 269](#))